



CAPÍTULO IV.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

ENTRE muchas razones que pasaron Don Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote:

—Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir mi elección, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura.

Esta Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerse ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometíendome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos.

Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible y volitaria mujer del mundo. Llegué, víla, y vencíla, é hícela estar queda y á raya (porque en más de una semana no soplaron sino vientos noro.)

Ve también hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando: empresa más para encomendarse á ganapanes que á caballeros.

Otra vez mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra.

Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despenéme en la sima, y saqué á la luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos.

En resolución, últimamente me ha mandado que discorra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me precio es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal Don Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se han transferido y pasado á mi persona.

Y tanto el vencedor es más honrado cuanto más el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mías las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.

Admirado quedó Don Quijote de oír al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo:

—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los más caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no? replicó el del Bosque; por el cielo que no cubre, que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos: campea debajo del nombre del Caballero de la Triste Figura, y trae por escudero á un Labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente, tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada en un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mía que por llamarse Casildea y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia.

Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero, dijo Don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habéis de saber que ese Don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que me habéis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen ganjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmación desto quiero también que sepáis, que los tales encantadores sus contrarios há más de dos días que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á Don Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo Don Quijote que la sustentará con sus armas, á pie ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agrada: y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó en la espada, esperando qué resolución tomaría el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada, respondió, y dijo:

—Al buen pagador no le duelen prendas: el que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá también tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas porque no es bien

que los caballeros hagan sus fechos de armas á oscuras como los salteadores y rufianes, esperemos el día para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condición de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare.

—Soy más contento desa condición y convenencia, respondió Don Quijote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les saltó el sueño. Despertáronles, y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habían oído y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho:

—Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los pelantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: dígoles porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allí

—Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortés ni tan desagradecido que con quien he comido y bebido trabé cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas?

—Para eso, dijo el del Bosque, ya daré un suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis pies, con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese corte yo sé otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejó manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote, aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo que soy hombre, Dios sabe lo que podré volverme: y así desde ahora íntimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medraremos.



paede correr y pasar con los rufianes y pelantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo menos yo no he oído decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto más, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales píficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay más, que me es imposible el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo aquí traigo dos talegas de lienzo de un mismo tamaño: tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales.

—Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herimos.

—No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.

—Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras.

Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora.

En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente, iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor, bañándose las yerbas parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo alfojár, los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.

Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacía sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad, y toda llena de verrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pie y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestigio.

Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrestada ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo sembrada por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza que tenía arrimada á un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que ya el dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas,

pero no por eso temió como Sancho Panza: antes con gentil de-nuedo dijo al caballero de los Espejos:

—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición.

—O vencedor ó vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme: y si ahora no satisfago vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardaré en alzarle la visera sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos á caballo, dijo Don Quijote, bien podéis decirme si soy yo aquel Don Quijote que dijisteis haber vencido

—A eso os respondemos, dijo el de los Espejos, que parecéis, como se parecen un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí: pero



según vos decís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no.

—Eso me basta á mí, respondió Don Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros del todo punto vengán nuestros caballos que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensáis.

Con esto acortando razones, subieron á caballo, y Don Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenía del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos: por lo que se había apartado Don Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo:

—Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discreción del vencedor.

—Ya la sé, respondió Don Quijote, con tal que lo que se impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende, respondió el de los Espejos, ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algún monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo.

Sancho, que vio partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fué tras su amo asido á una arción de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo:

—Suplico á vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él.

—Ellas son tales, dijo Don Quijote, que á no ser yo quien soy, también me asombrarían, y así ven, ayudarte he á subir donde dices.

En lo que se detuvo Don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo habría hecho Don Quijote, sin esperar són de trompeta ni de otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo, pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podía moverse.

Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrojó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera.

En esta buen sazón y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su agrado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto.

Apenas le vio caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiración, maravilla y espanto á los que le oyeren? Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco, y así como la vió, en altas voces dijo:

—Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á Don Quijote:

—Soy de parecer, señor mío, que por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el bachiller Sansón Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los menos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y á grandes voces dijo:

—Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote, que ese que tiene á los pies es el bachiller Sansón Carrasco su amigo, y yo soy su escudero; y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:

—¿Y las narices? A lo que él respondió:

—Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manufatura que quedan delineadas, y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande, dijo:

—Santa María, y váleme! ¿Este, no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre?

—Y cómo si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero, Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcabuces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado bachiller Sansón Carrasco nuestro compatriota.

En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por Don Quijote le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo:

—Muerto sois caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demás de esto habéis de prometer, si desta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que

conforme á la que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso, dijo el caído caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.

—También habéis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencisteis no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo, que vos aunque parecís el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puestos mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y

sentís, respondió el derregado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz mal trecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía: mas la aprensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando.

Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intención de buscar algún lugar donde bismarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

